

LAS FRASES DEL TIEMPO*

Felipe J. Mora Arellano

Resumen

Quien decida emplear su tiempo en leer las siguientes páginas, encontrará una serie de reflexiones en torno a 10 expresiones usadas con frecuencia en el lenguaje común. Frases que con su uso en la vida cotidiana resumimos nuestra relación con el tiempo, con la vida, la propia y la de los demás. Máximas y refranes que son como cápsulas filosóficas que revelan un sentido de nuestro quehacer –activo o contemplativo– y que, al parecer, pretendieron ser construidas para siempre. Pretendo analizar el sentido de las frases mediante el ejercicio de los mecanismos, a la manera de Jon Elster, e intento su clasificación tomando las imágenes del tiempo que Ramón Ramos descubre en los discursos sociales: el tiempo como recurso, como escenario y como horizonte.

Palabras clave: Expresiones, mecanismos, tiempo verbalizado, dimensiones del tiempo, tiempo construcción social, espacio.

Abstract

Whoever decides to use his time reading the following pages, will find a group of reflexions around ten expressions frequently used in common language. Phrases that due to their use in everyday life, summarize our relationship with time, with life, our own and the others life. Maxims and sayings similar to philosophical phrases revealing a sense to our daily routine –active or contemplative– and apparently, pretended to be constructed for ever. The sense of these phrases is analyzed through the exercise of mechanisms, according to Jon Elster, and I try to classify them taking time images discovered by Ramón Ramos in social speech; time as a resource, as a setting and as a horizon.

Key words: Expressions, mechanisms, verbalized time, time dimensions, social time construction, space.

* Estas reflexiones fueron originalmente presentadas en el Segundo Encuentro Universitario Sobre el Tiempo y el Espacio, organizado por el Departamento de Economía de la Universidad de Sonora, en septiembre de 2005. Lo que ahora se expone incorpora algunos cambios.

De cómo usaré mi tiempo y atraparé el suyo

Cuando del tiempo se habla con frecuencia escuchamos decir lo siguiente, aplicado a diferentes situaciones: “ganar tiempo” y su contrario “perder el tiempo”, también “hacer tiempo” o “matar el tiempo”; “buscar el tiempo perdido” o “recuperar el tiempo”. Asimismo “dejar las cosas al tiempo”, “darle tiempo al tiempo”, “controlar o manejar el tiempo” y “acelerar el tiempo” *

Reflexionaré sobre esas expresiones y ciertos refranes, dichos y pensamientos¹ algunos de los cuales fueron escritos por hombres y mujeres sabios y juiciosos. Las frases son, al decir de Gramsci, expresiones de una “filosofía espontánea” contenida en el lenguaje mismo. Se trata de un conjunto de nociones y conceptos determinados y no sólo de palabras gramaticalmente vacías de contenido, asimismo, presentes en el “sentido común y en el buen sentido” y en la religión popular y en lo que se conoce como el folklore.²

Las frases, propias de “todo el mundo”, suelen ser expresiones que sintetizan una historia colectiva que han servido para tomarse las cosas con filosofía, en este caso, tomar el tiempo de manera filosófica, que no necesariamente, como veremos más adelante, significa resignarse ante su paso y asumir actitudes pasivas o pacientes, y en cambio, al decir de Gramsci, invitan a reflexionar y a comprender que lo que ocurre es racional y que como tal hay que afrontarlo.³

Así, unas más que otras, las frases son empleadas o pensadas en momentos que se consideran adecuados para justificar o racionalizar nuestra relación con el tiempo, o para juzgar la acción de los demás frente a él. Son parte de discursos sociales con los que el tiempo se ha dicho. En cierta manera dan cuenta también de una sociología implícita, es decir, de un sentido que se le da a nuestros actos y a las relaciones con los demás, y que en nuestras disciplinas sociales solemos tomar como objetos de análisis o “fuentes culturales”.⁴

¹ Una parte de estas frases las busqué y encontré en el sitio www.proverbia.net y en www.vascones.com

² Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*, p. 11.

³ *Ibid.*, p. 17.

⁴ Peña Zepeda, Jorge y Osmar González, “La representación social. Teoría, método y técnica”, en María Luisa Tarrés (coordinadora), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, p. 358.

Al decir de Jon Elster, los moralistas expresaron muchas de sus percepciones en forma de *máximas*,⁵ breves enunciados a guisa de epigramas, generalmente con un giro paradójico, que suelen descansar sobre lo que él llama *mecanismos inversos*. Las máximas suelen ser contrastadas con los refranes –que según Lafond, citado por Elster, son hechos obvios que se ven ratificados por “la sabiduría impersonal de las naciones”–; y son más próximas a la paradoja y a lo que Lafond llama “antiproverbio”. Pero Elster en vez de distinguir máximas de refranes prefiere agruparlos y oponerlos a los *aforismos*, los cuales, dice retomando a Kenner, tienen el aspecto de precarios casos especiales, mientras que los refranes y las máximas transmiten una porción sustancial de toda una filosofía de la vida.⁶

Ante estas paradojas que resultan de enfrentar las insuficiencias del saber convencional y la identificación de las condiciones exactas en las que, de hecho, podía ser cierto, como afirma Elster, el ejercicio que desarrollaré puede tomarse como un intento de aplicar la estrategia de los mecanismos⁷ sugerida por el autor de referencia. Sin embargo, mi pretensión no alcanza a desarrollar una clasificación del tipo de mecanismo que expresa cada frase analizada.

Advierto mi desconocimiento sobre la época, lugar y contexto donde surgieron los refranes, no tanto varias de las frases que nos remiten a una época en la que el capitalismo y su racionalidad se estaban instalando y desarrollando, o ya lo habían hecho. Saber lo primero ameritaría una investigación especial. Pero llama la atención que los refranes aún sean empleados, toda vez que la sociedad ha cambiado en diversos órdenes. Quiero pensar que podría tratarse de un tipo de cambios que, como dice Norbert Elías, van acompañados por transformaciones en la estructura social o de sus aspectos parciales pero no en la dirección de una diferenciación e

⁵ Una máxima, afirma Elster, enfatiza un aspecto de la experiencia humana, a menudo contrario al saber aceptado o convencional. Para que surta efecto, el autor puede enunciarla como una verdad universal –como leyes de moralidad, decía La Bruyère–, cuando, en realidad, sólo tiene la intención de contrarrestar la opinión popular.

⁶ Elster, Jon, *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, p. 108-109.

⁷ Los mecanismos, apunta Elster, son pautas causales de ocurrencia frecuente y fácilmente reconocibles que son provocadas en condiciones por lo general desconocidas o con consecuencias indeterminadas; nos permiten explicar, pero no predecir (Elster,2002:17).

integración crecientes o decrecientes. O de aquellos cambios que no van acompañados por transformaciones de su estructura.⁸

En suma, no deseo plantearme y menos resolver el problema del tiempo, sino atender algunos aspectos que se relacionan “con unos retazos de sentido en los que se empaqueta la experiencia”,⁹ es decir, las frases, refranes y máximas de y sobre el tiempo, pero no del tiempo abstracto, sino del tiempo que se verbaliza, que está pegado a las cosas, adherido a la experiencia, envuelto en metáforas, símbolos e imágenes.

Las 10 expresiones con las que subtitularé este documento pueden ser clasificadas de acuerdo a tres dimensiones que maneja Ramón Ramos: el tiempo visto como recurso, como escenario y como horizonte. En el siguiente cuadro organizo las expresiones analizadas según esas dimensiones.

DIMENSIONES DEL TIEMPO				
		Como recurso	Como escenario	Como horizonte
E X P R E S I O N E S	Ganar tiempo		Matar el tiempo	Hacer tiempo
	Perder el tiempo		Dejar las cosas al tiempo	
			Darle tiempo al tiempo	Buscar o recuperar el tiempo
	Acelerar el tiempo		Controlar o manejar el tiempo	

Visto como recurso, afirma Ramos, el tiempo se dispone, se puede tener en mayor o menor cantidad; se puede dar o recibir,

⁸ Elías, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, p. 10.

⁹ Ramos Torre, Ramón, “Discursos sociales del tiempo”, en Guadalupe Valencia (coordinadora), en colaboración con Ma. Elena Olvera, *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, p. 526.

forma parte de la dotación biológica o se almacena en depósitos sociales. En este contexto el sujeto es un agente.

En el tiempo como escenario, las cosas están situadas. Se trata de un escenario que es dinámico y se desenvuelve siguiendo su propio ritmo y al que hay que adaptarse porque no es posible apropiárselo (no es de nadie, es de todos). El tiempo imaginado como recurso y como escenario es también presentado y sobre todo vivido como un horizonte en el que puedo contemplar, desde una precisa ubicación en el presente, todo el sucederse pasado y futuro de las cosas.¹⁰

Ganar tiempo

Significaría acelerar ciertos procesos o adelantarse en sus resultados, para efectos comerciales, políticos o militares, por ejemplo. La ciencia y la tecnología tienen sus manos metidas en ello. La expresión “justo a tiempo”, nos recuerda los diversos procedimientos y mecanismos para lograr obtener buenos resultados al combinar recursos humanos, administrativos y tecnológicos, con el fin de producir *equis* bien en el menor tiempo posible –comparándose siempre con el competidor o con estándares anteriores–, con lo que se define el tiempo socialmente necesario que expresa el desarrollo de las fuerzas productivas.

Se trata de ganar tiempo –al competidor– para estar antes que otros en el anaquel, en la mesa del consumidor o en su deseo, en las bodegas de otros productores, en la pantalla del televisor, en la mente del elector o en la cabeza del enemigo. Según el Estudio Global de Directores Generales 2004, realizado por el área de Servicios de Consultoría de Negocios de IBM, son tres los factores más importantes en las mentes de los directivos para mejorar sus empresas: el crecimiento de las ventas, la capacidad de respuesta y mejorar las habilidades de los empleados, en ese orden. Para vender más, recomiendan reducir los costos y crecer sustentablemente; para responder mejor a los cambios del mercado lo prioritario es la agilidad, por lo que hay que “presentir los cambios” y responder rápidamente al mercado para no perder oportunidades; y la tercera recomendación es invertir en la gente, reeducarla y retenerla.¹¹

¹⁰ *Ibíd.*, p. 535

¹¹ Orihuela Álvarez, Mauricio, “Vender, vender y vender”, en *Expansión*, núm. 900, 2004, p. 125-127.

Suena a cuento, pero el director de una revista de negocios recibió un correo electrónico en el cual una persona le comentaba que el dueño de un restaurante famoso contrató los servicios de una consultoría de expertos en eficiencia operativa con el propósito de revisar todos los procesos del negocio. Luego de meses de análisis estadísticos los consultores recomendaron a los meseros portaran una cuchara en el bolsillo en vista de que a los clientes se les caía la cuchara 73.5 % más a menudo que los otros cubiertos, que equivalía a tres cucharas por hora por mesa. Preparado para esas contingencias se lograba reducir el número de viajes a la cocina con lo que se ahorra 1.5 horas/hombre por turno.

La consultoría también recomendó que cada mesero atara al cierre de su pantalón una delgada cuerda negra con el fin de que ahorraran tiempo al ir al baño. Uno de los meseros explica el procedimiento: “al atar el hilo fino a la punta de...usted ya sabe...podemos sacarlo sobre el orinal sin tocarnos y, de esa forma, se elimina la necesidad de lavarnos las manos”. El resultado: se acorta el tiempo invertido en el baño 82 %. Quien preguntó al mesero sobre el particular también le cuestionó lo siguiente: “si la cuerda le ayuda a sacarlo ¿cómo vuelve a meterlo en el pantalón sin usar las manos?”. Yo no se cómo hacen los otros, repuso el mesero, pero yo uso la cuchara.¹²

El cliente es el pretexto cuyo tiempo está ahora dentro de las 15 tendencias que darán de qué hablar próximamente, según aparece en una nota de la misma revista de negocios pero tres años después.

El consumidor detesta cada vez más las dilaciones. En Estados Unidos el *NextCard* autoriza y entrega tarjetas de crédito en 35 segundos; BANORTE ofrece hipotecas autorizadas en 30 minutos; hay agencias matrimoniales que organizan encuentros en 5 minutos, y cineastas japoneses filman ‘micropelículas’ de dos minutos para descargar en celulares. Hay que sacarle jugo al tiempo.¹³

Y para la guerra, ya lo decía Sun Tzu:

2. Nada es más difícil que el arte de la maniobra. Lo difícil en

¹² Martínez Staines, Javier, “Los útiles consultores”, en *Expansión*, núm. 905, 2004, p. 62.

¹³ Ramos, Heriberto, “Lo nuevo bajo el sol. Las 15 tendencias que darán de qué hablar en los próximos meses”, en *Expansión*, núm. 966, 2007, p. 38-39.

materia de maniobras es hacer que la ruta tortuosa sea la más directa y que el infortunio se convierta en ventaja. 3. Así, toma la ruta indirecta y desvía al enemigo atrayéndolo con un cebo. De esa manera, puedes ponerte en camino después que él y llegar antes. Quien es capaz de hacer esto, comprende la estrategia de lo directo y lo indirecto.¹⁴

El refrán “al que madruga Dios le ayuda”, expresaría la visión de oportunidad, de correr el riesgo confiado en que otras circunstancias le favorecerían premiando su atrevimiento; sin olvidar que también pudiera fracasar por aquello de que “no por mucho madrugar amanece más temprano”, o también como habla el refrán de que “la primera perdiz que levanta el vuelo recibe el tiro”. Acá la clave de la oportunidad estaría en el adverbio mucho, que supone un cálculo del acontecer de los procesos, del conocimiento del comportamiento de las personas, los mercados o el enemigo, es decir, de la claridad que se tiene del tiempo social y del tiempo natural, el primero en apariencia inventado y el otro aparentemente inmutable.

En suma, diría Sir Francis Bacon (1561-1626), “escoger el propio tiempo es ganar tiempo”, pero llevando siempre en mente que “si vas de prisa, alcanzas la desgracia; si vas despacio, es la desgracia la que te alcanza a ti”. Como quiera que esto sea, a propósito de las prisas, la lectura hecha por la gente sobre los tiempos natural y social son valorados de manera muy especial. “La prisa”, dice un refrán, “está permitida en tres casos: enterrar a los muertos, abrir la casa al extranjero y casar a las hijas”.

Sin embargo, ganar tiempo no exenta la planeación, la prudencia o la seguridad en el paso. Vasta recordar la advertencia “despacio que llevo prisa”, que aplicada en nuestro tiempo de la instantaneidad excluye el desplazamiento de a pie, porque, al decir del impronunciable Borges (1899-1986) “antes las distancias eran mayores porque el espacio se mide por el tiempo”.

Ganar tiempo y no desperdiciarlo, es la idea de los bancos de ahorro del tiempo que Michael Ende relata en Momo. El hombre gris, agente n° XYQ/384/b, es quien nos calcula nuestros tiempos de parloteo y demás actividades y nos advierte que de seguir así cuando muramos sería como si no hubiéramos existido. Por tanto,

¹⁴ Sun Tzu, *El arte de la guerra*, p. 121. Y si de ahorrar tiempo se trata, en cuestiones de guerra un expresidente de México se propuso terminar el conflicto de Chiapas en 15 minutos.

él nos sugiere tener tiempo para vivir de verdad y, como a Fusi, el peluquero de su cuento, nos estima la fortuna en tiempo de que disponemos con base en nuestra propia esperanza de vida (e^o).¹⁵

Si la tal e^o se estimara en 70 años la fortuna tiempo, dice Ende, asciende a 2,207'520,000 segundos, a la que hay que descontar el tiempo vivido e inútilmente perdido en alimentarse, divertirse, platicar, hacer visitas, y todas aquellas actividades cotidianas. Con estas cuentas, al barbero Fusi el saldo le era negativo, por lo que empezó a ahorrar tiempo haciendo las cosas más rápidas y de manera obsesiva. Nadie se daba cuenta que, al ahorrar tiempo, escribe Ende, en realidad ahorrraba otra cosa. Nadie quería darse cuenta que su vida se volvía cada vez más pobre, más monótona y más fría. Los que lo sentían con claridad eran los niños pues para ellos nadie tenía tiempo. Pero el tiempo es vida, y la vida reside en el corazón. Y cuanto más ahorrraba de esto la gente, menos tenía.¹⁶

El tiempo así tratado es un recurso escaso. Nadie, dice Ramos, nace con más o menos dotación de tiempo, sino que son los mecanismos de discriminación social, mérito, astucia o suerte los que hacen que se reparta de forma tan desigual. De ahí la condena colectiva en un mundo de cronómetros exigentes, la prisa y la urgencia.¹⁷

Perder el tiempo

Aún contra lo que deseara Marcel Proust (1871-1922), alguien dijo que “hay tres cosas que nunca vuelven atrás: la palabra pronunciada, la flecha lanzada y la oportunidad perdida”. Perder el tiempo tiene

¹⁵ Hombres grises reales actuales son Stephen Covey y su socio Hyrum Smith, cuya empresa Franklin Covey “se ha convertido en una especie de supermercado mundial de la administración del tiempo” logrando en 2004 ventas netas por \$275.43 millones de dólares. La empresa es un corporativo “que cuenta con 44 oficinas en 39 países y capacita a más de 60 mil personas mensualmente alrededor del mundo”. La magia en la administración del tiempo radica, según Smith, en identificar lo que sí se puede controlar. Administrar algo tan abstracto como el tiempo supone entenderlo, ya que la mayoría de la gente ignora qué es el tiempo. Por fortuna para estos nuevos hombres grises, es importante lograr un balance entre la vida personal y profesional, algo que va en picada. “Cuando alineamos la productividad con la vida personal”, afirma Smith, “es posible administrar el tiempo, porque existen prioridades y rumbo” (Ruiz, 2005:147-149) .

¹⁶ Ende, Michael, *Momo*, pp. 59-74.

¹⁷ Ramos Torre, Ramón, *op. cit.*, p. 536.

que ver con el retraso de lo que socialmente se espera de alguien, de lo que debe hacer para ser, para el cumplimiento de sus funciones en el trabajo o para aquel que viviendo en el tiempo de hacer algo simplemente no lo hizo por hacer otras cosas a consecuencia quizá de su indecisión, temor, ignorancia o porque tal vez consideró que no había condiciones para llevarlo a cabo.

La máxima de Mcfee dice, en tono de broma, que “La materia no puede crearse ni destruirse. Sin embargo, puede perderse”.¹⁸ ¿El tiempo, como la materia y la energía, tampoco se destruye, tampoco se pierde, acaso se transforma? ¿Si alguien pierde el tiempo en contrapartida alguien lo gana? Si el estudiante perdió el tiempo al no estudiar y reprobar (lo que me recuerda la frase que algún maestro de primaria nos repetía con frecuencia y que demostraba la gravedad del caso: “tiempo perdido hasta los santos lo lloran”), algunas de las consecuencias de tal pérdida se traducen en costos económicos para su familia y para el resto de la sociedad. ¿Alguien ganó? Posiblemente el joven estudiante, quien empleó el tiempo en otras actividades que quizá le redituaron mayor satisfacción que el hecho de estudiar, por lo que quizá no perdió el tiempo. A menos que su intención haya sido “matar el tiempo” (ver más adelante) con el deseo de desertar de la escuela y hacer otras cosas, menos estudiar. En este caso, Sir Francis Bacon le advertiría que “un joven en años puede ser viejo en horas, si no ha perdido el tiempo”.

Las consecuencias directas de que un empleado que no haga su trabajo o un investigador no investigue, afectan las metas de sus empresas e instituciones, e igualmente tienen un costo económico. *Time is money*. “El tiempo”, insistiría Bacon, “es la medida de los negocios, como el dinero lo es de las mercancías”. Ese fue el discurso cotidiano durante la formación del burgués, el sujeto en el que encarnó y expresó el espíritu del hombre nuevo del capitalismo, aquel que se forjaba en la racionalidad y del que hablaron Max Weber (1864-1920) y su discípulo Werner Sombart (1863-1941).

Decía Benjamín Franklin (1706-1790): “Si el tiempo es lo más caro, la pérdida de tiempo es el mayor de los derroches”, por tanto suplicaría: “No malgastes tu tiempo, pues de esa materia está formada la vida”. A decir del inventor tan recordado y deseado en los días y noches de tormenta y en los billetes verdes de 100 dólares, la súplica es también un reto a superar ya que “las tres cosas más

¹⁸ Block, Artur, *La ley de Murphy para el año 2000. ¡Qué más puede salir mal en el siglo XXI!*, p. 46.

difíciles de esta vida son: guardar un secreto, perdonar un agravio y aprovechar el tiempo”. Vaya, hasta The Rolling Stones lo cantan:

“*Hour are like diamonds, don't let them waste*” [Las horas son como diamantes, no las desperdiciemos.]¹⁹

Como la fábula de la cigarra y la hormiga, el mundo de los hombres de occidente se divide en dos: los que no hacen y los que hacen. Ya Goethe (1749-1832) estigmatizaba al decir que “Los perezosos siempre hablan de lo que piensan hacer, de lo que harán; los que de veras hacen algo no tienen tiempo de hablar ni de lo que hacen”.

Muchos años más tarde, Henry Ford (1863-1947) observaba algo parecido al afirmar que “la mayoría de las personas gastan más tiempo y energías en hablar de los problemas que en afrontarlos”. Y para el colmo, al final de la jornada, ese tipo de hombres, “los que emplean mal su tiempo”, al decir de Jean de la Bruyère (1645-1696), “son los primeros en quejarse de su brevedad”. Honorato de Balzac (1799-1850) reconocía a quienes, sin ser capitalistas podrían serlo ya que para ellos “el tiempo es el único capital de las personas que no tienen más que su inteligencia por fortuna”.

Pero tiempos traen tiempos, pues ya hay quien elogia de manera subversiva la flojera en el trabajo. La flojera, afirma Corinne Maire,²⁰ puede rendir frutos si se hace acompañar de astucia y cinismo. Si en el pasado la empresa se aprovechaba de los empleados, de lo que se trata ahora es invertir la ecuación: utilizar en su provecho –del trabajador– a la empresa que los emplea. Esta reacción contracultural trae consigo las frases como “no por mucho apurarte llegas más temprano” o “para qué hacer hoy lo que puedes hacer mañana”, frases calificadas por sus contrarios como las *máximas del huevón*, acuñadas por “los filósofos modernos de la mediocridad”.

Visto así el tiempo, uno puede comprarlo, venderlo o malbaratarlo, dice Ramos. Como uno mismo es el tiempo y el modo en que dispone de él, este bien ha sido intensamente moralizado. Toda vez que el tiempo ha sido cosificado, en la medida que se posea o se esté en posibilidades de tenerlo o de disponer de él, se puede subir

¹⁹ The Rolling Stones, *Time Waits for no one*, p. 78.

²⁰ Corinne Maire, economista y psicoanalista francesa, publicó el libro *Buenos días, pereza*. La referencia y comentarios aparecen en Javier Martínez Staines (2004:40).

o bajar en la escala de la calidad humana de estima social y de autoestima.²¹

Acelerar el tiempo

Supone un estado de conciencia o conocimiento acerca de que las cosas o los procesos no están marchando a la velocidad que se requiere en una determinada circunstancia. Por ejemplo, madurar la fruta para hacerla llegar más pronto al consumidor antes que una plaga la consuma, o que la competencia se coma el mercado o el mandado; aumentar los ritmos de trabajo (tiempos-movimientos) en una fábrica, lograr un ataque por sorpresa en el campo de batalla, etc., ejemplos todos que se traducen en hacer más cosas en un lapso menor en el que normalmente se hacen.

Con ello, desde luego, se gana tiempo. La vida moderna, se dice, aceleró el tiempo, y en las ciudades, extendidas vertical y horizontalmente, todos o casi todos, deben buscar la manera de llegar puntual a sus citas, para lo cual se abren avenidas, pisos y segundos pisos que ayudan a acelerar más el tiempo.

Norbert Elías nos recuerda que este acercamiento expresado en la configuración de una red de interdependencia entre ciudades y desde luego entre Estados, fue posible gracias a que determinado desarrollo social condujo a la invención de medios de comunicación y transporte que las compactó de manera ostensible a lo largo del siglo XX. Sin embargo, la gente sólo se percató de esto en muy escasa medida y de manera muy imprecisa, pues no se estaba acostumbrado a pensar en procesos sociales y menos se hablaba de la acelerada integración de la humanidad; rara vez se consideraba ésta integración como un proceso no intencionado y a largo plazo.²²

Y concluye, la reducción de las distancias produjo la creciente integración de manera hasta cierto punto no declarada, pues no irrumpió en la percepción de los seres humanos como un proceso global de integración. Este sordo proceso de integración social tuvo consecuencias en el desplazamiento de poder del plano inferior a planos superiores, con lo cual el individuo perdía oportunidades de ejercer poder en su relación con la sociedad expresado en la reducción del margen de autorregulación de la decisión personal, es decir, de su grado de individualización.²³

²¹ Ramos Torre, Ramón, *op. cit.*, p. 537.

²² Elías, Norbert, *La sociedad de los individuos*, p. 188.

²³ *Ibíd.*, p. 109 y 209

Matar el tiempo

Es de alguna manera la situación del caso anterior, pero la expresión de dar muerte al tiempo puede ser interpretada como un acto improductivo, un aguardar sin plan deliberado en espera de que ocurra lo deseado, o simplemente, de que pase el tiempo. No es tiempo de ocio, ni de recreo, el caso del anciano que mata el tiempo viendo por la ventana mientras lo llaman a comer. A diferencia del caso anterior, el mejor atleta de resistencia del mundo, el niño de nueve años, “no tiene nunca prisa” y si bien está dispuesto la mayor parte del tiempo a una actividad frenética, puede también pasarse todo un día sin hacer nada, reposando, pues considera todas esas acciones como fines y no como medios (Seehan, 1981:181). Por cierto, Gastón Bachelard, exclamaba: “¡Dichoso el niño que ha poseído, verdaderamente poseído, sus soledades! Es bueno, es sano que un niño tenga sus horas de tedio, que conozca la dialéctica del juego exagerado y de los aburrimientos sin causa, del tedio puro”.²⁴

Sin embargo, matar el tiempo tiene otras connotaciones, sobre todo si hacerlo resulta un acto involuntario. Son los casos del desocupado o del inválido que teniendo tiempo en abundancia, éste se convierte en una pesadilla si se asume que nada se es porque nada se hace; se trata de una vaciedad del tiempo.²⁵ En esas circunstancias el tiempo puede volverse un tormento, sobre todo cuando, al decir de Louis Lavelle (1883-1951), “la conciencia del tiempo, bajo su forma más pura, es el aburrimiento, es decir, la conciencia de un intervalo que nada atraviesa o que nada puede llenar”. Con razón el humorista Alphonse Allais (1854-1905) afirmaba que “hablamos de matar el tiempo como si no fuera el tiempo el que nos mata a nosotros”.

Según Elster, la historia del aburrimiento refiere que, a diferencia de tiempos pasados y en muchas sociedades contemporáneas en donde la mayor parte de las personas estaban demasiado ocupadas en su propia supervivencia como para tener tiempo de aburrirse, en las estructuras sociales que generan grandes cantidades de tiempo libre, el aburrimiento se convierte en un problema.

Es el caso de los monasterios medievales de Occidente, en donde la inactividad obligada de la vida monástica generaba las tentaciones

²⁴ Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, p. 50.

²⁵ Ramos Torre, Ramón, *op. cit.*, p.537

del aburrimiento, mejor conocida como “el demonio del mediodía”. Subsumido bajo la categoría general de *acedia* o indolencia –que incluía la pereza– formaba parte de la lista de pecados capitales hasta que san Gregorio Magno la recompusiera. Si bien para Elster el aburrimiento y la pereza son dos fenómenos distintos, para los teólogos medievales eran aspectos de un mismo pecado que delataban falta de devoción y de concentración en Dios.²⁶ ¿Quién no recuerda la frase “la pereza es la madre de todos los vicios”?

Cabe señalar que quienes así sentenciaban estaban lejos de concebir al aburrimiento como un estado psicológico involuntario. En efecto, en sociedades en las que no se conocía el aburrimiento como tal y se creía en una cierta noción de la responsabilidad personal y vivían de acuerdo a ella, las personas aunque estuvieran aburridas, nunca se decían a sí mismas que lo estaban, y por dignidad preferían decir padecer de hastío, a pesar de que el sufrimiento fuera presumiblemente mayor.²⁷

Dejar las cosas al tiempo

Esta expresión significaría ver al tiempo como elemento de progreso y esperar o confiar que otros factores –procesos, personas, etc.– transcurran, ocurran o actúen para que ciertas situaciones maduren, se olviden, o se den sin la intervención o voluntad de quien ve pasar el tiempo y de manera deliberada deja de intervenir en forma directa y activa en ese transcurso. Ya lo decían los dos grandes exponentes de las lenguas inglesa y española: “Ocurra lo que ocurra”, decía Shakespeare, “aún en el día más borrascoso las horas y el tiempo pasan”. Cervantes, por su parte, afirmaba: “Confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades”. Y el refrán popular lo confirma: “El tiempo es un gran maestro que arregla muchas cosas”.

Darle tiempo al tiempo

Expresión parecida a la anterior - para la cual el tiempo representaba un factor que resumía la acción de la naturaleza y la de otros actores sociales que tendrían que hacer lo suyo- pero en ésta, quien con-

²⁶ Elster, Jon, *op. cit.*, p. 312-313.

²⁷ *Idem.*

cede el tiempo, observa y calcula en qué momento (instante) habrá de considerar que la situación ya es la adecuada para intervenir. En ambos casos, la acción de esperar u observar el desarrollo de las cosas, es decir, de su tiempo, es deliberada y calculada.

Una reflexión popular resume parte de esta circunstancia cuando dice: “No hay mañana que deje de convertirse en ayer. ¿Por qué aguardas con impaciencia las cosas? Si son inútiles para tu vida, inútil es también aguardarlas. Si son necesarias, ellas vendrán y vendrán a tiempo”.

Y al tiempo se le puede enfrentar de manera voluntaria aunque también, como hemos visto, se puede esperar su cumplimiento. Recordemos las sesudas discusiones acerca del derrumbe del capitalismo que, más pronto que tarde, habría de ocurrir por efecto de su agotamiento y en el cumplimiento de leyes económicas las cuales hacían inviable o imprudente ciertas acciones políticas. La pugna, pues, entre deterministas y voluntaristas.

El dicho “no por mucho madurar, amanece más temprano” ya citado antes, estaría más a tono con lo idea de dar tiempo al tiempo, es decir, esperar a que ciertas cosas ocurran pues de no hacerlo se corre el riesgo de abortar alguna acción anticipándose a determinadas circunstancias no maduras. En una acción más planeada, la observación del comportamiento de la naturaleza y de la naturaleza humana, se trasluce en este dicho popular: “Si haces planes para un año planta arroz. Si haces planes para diez años, planta árboles. Si haces planes para cien años, instruye al pueblo”.

Cada una tiene su tiempo, cada una requiere el suyo. Sin embargo, habrá quienes en aras de ganar tiempo dirán que “el que espera desespera”, frente a lo cual el poeta Antonio Machado (1875-1939) habría de decir pausado: “Sin el tiempo, esa invención de Satanás, el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza”. Y en esos tiempos de espera las voces de poeta y vulgo resuenan. Baudelaire (1821-1867) convoca: “Para no ser los esclavos martirizados del tiempo, embriagaos, ¡embriagaos sin cesar! con vino, poesía o virtud, a vuestra guisa grita”. Y el dicho, voz de la gente, hedoniza: “Disfruta hoy. Es más tarde de lo que crees”.

Controlar o manejar el tiempo

Tiene que ver con una conciencia y un cierto conocimiento de la naturaleza de las cosas, de cuándo y cómo ocurren, para saber en qué momento intervenir o dejar de hacerlo. El control del tiempo

en una fábrica, por ejemplo, supone tener la capacidad o el poder sobre otros a quienes pedir determinados movimientos o acciones. El poder también permite establecer cuándo deberán hacerse qué cosas. Adelantar o atrasar los relojes una o dos horas, por ejemplo, está pensado en función de un ahorro de energía eléctrica que, supuestamente, beneficiará la economía de la población aunque no lo parezca, así haya ciertas distorsiones en su ritmo circadiano.

De manera que “dejar las cosas al tiempo”, “darle tiempo al tiempo” o “controlar o manejar el tiempo”, resulta, para decirlo en términos de Ramos, una imagen del tiempo como un entorno constrictivo que posibilita, limita o impide acciones y acontecimientos. Asimismo, establece el marco cotidiano de la vida social que permite su sincronización (hacer coincidir y compatibilizar en el tiempo la cantidad de cosas que se hacen y ocurren), su encaje (disponer de tiempo para cada cosa que la pueda acoger) y una jerarquización (criterios selectivos para resolver los eventuales conflictos entre actividades demandadoras de tiempo y atención).²⁸

Hacer tiempo

¿Se puede hacer el tiempo? El tiempo ahorrado a consecuencia de haberlo ganado a otros procesos permite a la gente esperar o hacer las cosas sin presión o mayor riesgo. Por ello, hacer tiempo puede ser perderlo, pero sin remordimientos y con cierto sentido de oportunidad. Puede ser la paciente espera, como el gato que tranquilo, pero atento, aguarda la salida de la que será su presa; o la del ladrón, que como la muerte, elige con tranquilidad la ocasión, o el instante, para aprovechar la confianza de la víctima que se descuida y es pillada. Lo anterior puede indicarnos nuestra autoría del tiempo y estar de acuerdo con Baltasar Gracián (1601-1658), cuando asegura que “lo único que realmente nos pertenece es el tiempo: incluso aquel que no tiene otra cosa cuenta con eso”. Aunque Georges Poulet (1902-1991) precisa: “no es el tiempo lo que se os da, sino el instante. Con un instante dado, a nosotros nos corresponde hacer el tiempo”.

²⁸ Ramos Torre, Ramón, *op. cit.*, p. 538.

Buscar o recuperar el tiempo perdido

Tendría que ver con el hecho de reconocer o tomar conciencia de que no se hicieron las cosas que deberían haberse hecho en otro momento ya pasado. “Cuando llega el tiempo en que se podría, ha pasado en el que se pudo”, diría Marie von Ebner-Eschenbach (1830-1916). Esta situación lleva a las personas a tratar de recomponer o de re-crear ciertas condiciones bajo las cuales los hechos podrían empezar de nuevo tal y como se desearon entonces.

Recuperar el tiempo es algo semejante a la anterior situación, es decir, volver a empezar a partir de como las cosas fueron dejadas, pero imprimiéndole una mayor velocidad a las acciones por promover, con el fin de llegar a cierto estado actual haciendo de cuenta que las cosas se hubieran emprendido de manera normal. Imaginémos la llamada década perdida de nuestros países latinoamericanos, y el deseo de recuperar ese tiempo a partir de medidas económicas y políticas como la apertura comercial indiscriminada, el adelgazamiento del gobierno, la libertad del mercado, la democracia electoral, etc., pero en condiciones de un mundo globalizado. Las consecuencias parecen estar a la vista y la frase de Paul Ambroisse Valéry (1871-1945) ofrece una respuesta: “el problema de nuestros tiempos es que el futuro ya no es lo que era”.

Sin embargo, hay quienes con mucha seriedad piensan, como el físico Kip Thorne, que el tiempo puede ser recuperado si se viaja en él sobre la base de la posibilidad de que el espacio-tiempo esté tan deformado que se podría despegar en una nave espacial y regresar antes de haber salido. Claro, advierte Stephen Hawking, siempre y cuando existieran los agujeros de gusano, los tubos de espacio-tiempo que conectan diferentes regiones del espacio-tiempo. Tan maravillosos serían esos gusanos que los podríamos utilizar para regresar antes de haber salido. Se trata de la paradoja del abuelo: ¿qué ocurre si regresamos al pasado y matamos a nuestro abuelo antes de que fuera concebido nuestro padre?²⁹ La historia la hemos disfrutado en el cine con la trilogía *Volver al futuro*, de Steven Spielberg. Desafortunadamente, dice Hawking, el deseo de Kip no podrá ser posible porque “para regresar al pasado se necesita de energía negativa” y “la probabilidad de que él pueda retroceder en el tiempo y matar a su abuelo... es menor que uno

²⁹ Hawking; Stephen, *El universo en una cáscara de nuez*, p. 133-136.

dividido por un 1 seguido de un billón de billones de billones de billones de billones de billones de ceros”.³⁰

Los tiempos, la memoria y los espacios

La apropiación y el conocimiento de una parte de la naturaleza por otra parte de ella que somos los humanos, la sociedad, pone al descubierto los procesos de la evolución de ambos, los cuales son “cronometrados” para saber la regularidad de ocurrencia con el fin de dominarlos, controlarlos o simplemente conocerlos para usarlos o contemplarlos.

La tecnología con la ayuda de la ciencia, y viceversa, ha podido acelerar o detener el tiempo de crecimiento o desarrollo de plantas o animales con diversos fines. A su vez, cada sociedad, de acuerdo a su desarrollo –división de trabajo, relación con la naturaleza inanimada– y a la manera en que se encuentra relacionada con las demás sociedades nacionales, marca y establece, siempre de manera relativa, a qué ritmo quiere avanzar. Y esos ritmos son distintos. Por ejemplo, en el manual de la lucha de guerrillas, Ernesto “Che” Guevara enseñaba que la velocidad de una columna la marcaba el que se encontraba al final. En cambio, en el juego infantil que canta que “los de adelante corren mucho y los de atrás se quedarán”, no opera para las delicadas maniobras de la guerra de posiciones. En otros tiempos se habló de las etapas del crecimiento para los países atrasados, del *take off* rostowneano que nos autorizaba a impulsar nuestras economías.

Podríamos decir entonces que el tiempo en y de la sociedad es una construcción social –y por ende una representación social– e histórica que se vive, acuerda, impone o negocia y que relaciona a las personas, los grupos o las instituciones mediante una dinámica asociada con la división del trabajo y a los distintos papeles o roles sociales jugados; dinámica que puede variar en la historia pues habrá quienes se muevan a distintos ritmos dependiendo de la manera en que les afecte los campos gravitatorios sociales marcados por el desarrollo de cada sociedad, y del “número de capas que se entretujan en la actitud social de una persona (que) depende del número de planos de integración que se yuxtaponen en su sociedad”.³¹

³⁰ *Ibíd.*, p. 144 y 153.

³¹ Elías, Norbert, *La sociedad...*, *op. cit.*, p. 210.

Para los físicos que asumen la teoría de la relatividad, el tiempo y el espacio están inextricablemente entrelazados. No pueden, dicen, curvar el espacio sin involucrar asimismo al tiempo. Por lo tanto, el tiempo adquiere una forma; y tiempo y espacio se vuelven participantes dinámicos de lo que ocurre en el universo y no escenario pasivo en que se suceden los acontecimientos.³²

Al igual que ellos, en la naturaleza social es impensable un tiempo sin un espacio. Las preocupaciones por buscarle un comienzo al tiempo, también se expresan en los análisis para encontrar la presencia de un pensamiento social que haya dejado huellas que expliquen y aclaren cómo es que se es social, para dar luego paso a la construcción de teorías sociales explicativas. De igual manera, aunque *mutatis mutandis*, la explicación de lo social ha tratado preocupaciones parecidas a la incertidumbre de Heisenberg, expresada en los tiempos micro, individuales, muy personales y callados de la gente, tratados por la llamada sociología cualitativa, la microhistoria, la antropología cultural o la etnología, para citar sólo algunas disciplinas y métodos de investigación.

A ellas habría que incluir el topoanálisis propuesto por Gastón Bachelard (Bachelard, 1965:39), ese “estudio psicológico sistemático de los parajes de nuestra vida íntima” que mediante el uso de una especie de “bucle temporal” que es la memoria, o teatro del pasado como la llama, arriba a un espacio que en sus mil alvéolos conserva el tiempo comprimido, pues sirve para eso. Entonces, propone voltear a ese que es “nuestro rincón del mundo”, “nuestro primer universo” (Bachelard, 1965:36), la casa, a la que “el pasado, presente y el porvenir...le dan diferentes dinamismos, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente”(Bachelard, 1965:39). Aún contra lo que pudiera decirse relativa o generalmente en física, en la casa,

el espacio lo es todo, porque el tiempo no anima ya la memoria, pues no registra la duración concreta...No se pueden revivir las duraciones abolidas. Sólo es posible pensarlas, pensarlas sobre la línea de un tiempo abstracto privado de todo espesor. Es por el espacio, es en el espacio donde encontramos esos bellos fósiles de duración, concretizados por largas estancias (Bachelard, 1965: 42). El espacio llama a la acción, y antes de la acción la imaginación trabaja.³³

³² Hawking, Stephen, *op. cit.*, p. 35.

³³ Bachelard, Gastón, *op. cit.*, p. 45.

¿Y el futuro? Quién no ha soñado con una máquina del tiempo, con ese carro Delorean del doctor Emmett Brown de la trilogía de Spielberg, que nos llevara y regresara para enmendar nuestros errores cometidos en el presente o apostarle a mejores oportunidades. Decía Flaubert (1821-1880), “El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He aquí por qué siempre se nos escapa el presente”. Y sin embargo, al decir de Proust, “a veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el inicio estado de las cosas”. ¿Será porque el presente es ese instante continuo del tiempo que une al pasado con el futuro, como aseguraba Aristóteles?

A manera de conclusión

Y como el respeto al derecho al tiempo de los demás es también la paz, termino con las siguientes anotaciones. Habrá quienes consideren que decir “tiempo” —o usar expresiones como las que han sido objeto de análisis en este documento— es tan solo “una manera de hablar” y de elegir frases que han entrado de “contrabando” en los esquemas disciplinares.³⁴ Haber tomado de manera legal 52 frases, máximas, proverbios y refranes en un diálogo ficticio entre intelectuales, analistas y pueblo, se corresponde más con la idea de que “el hombre del mundo occidental siente que su vida transcurre...en el tiempo del *sentido común*, que fluye, según lo cree, de manera lineal del pasado al presente y de ahí al futuro”. Concepción en la que “están implicadas las nociones de irreversibilidad, duración y perioricidad” pero sin que se conceda que esa sea la naturaleza del fenómeno temporal.³⁵

Las expresiones empleadas en este ejercicio datan, casi todas, de mucho tiempo atrás, acuñadas por hombres y mujeres de sociedades en las que “la eternidad era conocida, y a partir de ella podía ser observada la totalidad temporal, siendo el observador Dios”. Con todo, varias de ellas siguen vivas aunque cada vez más enfrentadas a las nuevas experiencias y a la “asimetría de los prismas de observación, producida por la temporalización de la observación”.³⁶

³⁴ Esta es la opinión del biólogo Marcelino Cerejido en “La biología del tiempo y la muerte” (Valencia y Olivera, 2005:109).

³⁵ Cerejido, Marcelino, “La biología del tiempo y la muerte”, en Guadalupe Valencia (coordinadora), *op. cit.*, p. 153-154.

³⁶ Berian, Josexto, “La construcción social de la dis-continuidad histórica”, en Guadalupe Valencia (coordinadora), *Ibíd.*, p. 477.

Si se quiere, las expresiones materia de reflexión aún constituyen una especie de oración para enfrentarnos con el tiempo, sabiduría para el uso cotidiano –en ocasiones poco falsable– y para enfrentar el orden –un orden– a las transformaciones que, según Beriain, configuran una nueva forma de experimentar el tiempo: las contingencias, la aceleración del tiempo, el acortamiento del tiempo, las consecuencias no deseadas de la aceleración temporal y la colonización a través del tiempo y del propio tiempo.³⁷

En prácticamente todas las expresiones analizadas encontramos una aritmética de ganar o perder tiempo. Se es acreedor del recurso tiempo como consecuencia de procesos de aceleración; sin embargo, su abundancia o disponibilidad no es sinónimo de bienestar, como en el caso de los desocupados. Y lo mismo, si se es deudor de tiempo, la aceleración será la clave para rescatarlo de algún lado. Si se pudiera, el deseo de aceleración quisiera ser llevado al grado de estar antes del tiempo para cambiarlo.

Las frases del o sobre el tiempo analizadas en el presente ejercicio, también expresan esa dualidad temporal no disyuntiva sobre la que escribe Guadalupe Valencia; de los problemas que plantean el *Cronos* (el hombre sometido a sus propios instrumentos con los que cuentan toda temporalidad sucesiva) y el *Kairós* (el hombre que debe estar atento a la oportunidad, al momento decisivo).³⁸ Las nociones del tiempo como duración y como instante, fueron encapsuladas en varias de las frases y expresiones expuestas, algunas de las cuales denotan la forma en que se construía y construye socialmente el tiempo, dichas en un lenguaje dirigido a los comunes. Asimismo, manifiestan la manera en que se construye o debe ser construido el tiempo social.

Las frases del tiempo cuyos significados son manejados como recursos, escenarios y horizontes, no sólo tienen como referencia el cronos fetichizado, sino que se erigen como normas o pautas a seguir, son valores positivos que encomian nuestras acciones o las sancionan mediante advertencias precautorias. Desafortunadamente, de la muestra de expresiones analizadas son pocas las que llaman a no resignarnos ante el tiempo o a protegernos de no ser arrollados por su vorágine.

³⁷ *Ibíd.*, p. 476-477.

³⁸ Valencia, Guadalupe (coordinadora) en colaboración con María Elena Olivera Córdova, *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, p. 512 y 515.

Bibliografía

Bachelard, Gastón, *La poética del espacio*, Breviarios 183, FCE, México, 1965, pp. 301.

Block, Arthur, *Ley de Murphy para el año 2000. ¡Qué más puede salir mal en el siglo XXI!*, Editorial Diana, México, 2000, 151 pp.

Beriain, Josetxo, “La construcción social de la dis-continuidad histórica”, en Guadalupe Valencia García (coordinadora) en colaboración con María Elena Olivera Córdova *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, CIICyH, UNAM y Plaza y Valdez, México, 2005, 830 pp.

Cerejido, Marcelino, “La biología del tiempo y la muerte”, en Guadalupe Valencia García (coordinadora), en colaboración con María Elena Olivera Córdova, *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, CIICyH, UNAM y Plaza y Valdez, México, 2005, 830 pp.

Elías, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México, 1987, 581 pp.

—, *La sociedad de los individuos. Ensayos*, Ediciones Península 293, Barcelona, 2000, 271 pp.

Elster, Jon, *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*, Editorial El Roure y Paidós Básica. núm. 117, Barcelona, 2002, 536 pp.

Ende, Michael, *Momo*, Ediciones Alfaguara, México, 1984, 255 pp.

Gramsci, Antonio, *Introducción a la filosofía de la praxis*, Ediciones Península, Barcelona, 1970, 156 pp.

Hawking, Stephen, *El universo en una cáscara de nuez*, Crítica/Planeta, Barcelona, 2002, 216 pp.

Martínez Staines, Javier, “Los útiles consultores”, *Expansión*, Grupo editorial Expansión, núm. 905, México, 8 diciembre 2004, p. 62.

—, “Discretos inútiles”, *Expansión*, Grupo editorial Expansión, núm. 906, México 22 diciembre 2004, p. 40.

Orihuela Álvarez, Mauricio, “Vender, vender y vender”, *Expansión*, Grupo editorial Expansión, núm. 900, México 29 septiembre 2004, pp. 125-27.

Peña Zepeda, Jorge y Osmar González, “La representación social. Teoría, método y técnica”, en María Luisa Tarrés (coordinadora), *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*, El Colegio de México, FLACSO, México, 2001, 409 pp.

Ramos, Heriberto, “Lo nuevo bajo el sol. Las 15 tendencias que darán de qué hablar en los próximos meses”, *Expansión*, Grupo editorial Expansión, núm. 966, México 28 mayo 2007, pp. 38-9.

Ramos Torre, Ramón, “Discursos sociales del tiempo”, en Guadalupe Valencia García (coordinadora), en colaboración con María Elena Olivera Córdova, *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, CIICyH, UNAM y Plaza y Valdez, México, 2005, 830 pp.

Ruiz, Gabriela, “El señor de la agenda perfecta”, *Expansión*, Grupo editorial Expansión, núm. 920, México julio 20 2005, pp. 147-49.

Seehan, George, *Por qué y cómo correr*, EDAF, Madrid, 1981, 238 pp.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*, Ediciones Coyoacán, Diálogo Abierto/42/Política, México, 1995, 185 pp.

The Rolling Stones, *Time waits for no one. Canciones 2*, Editorial Espiral/Fundamentos, Madrid, 1995, 156 pp.